

¿Por qué el bolsonarismo no sería populista?

Why Wouldn't Bolsonaro Be Populist?

*Daniel de Mendonça**

Resumen

Este artículo tiene como objetivo analizar el bolsonarismo a la luz de las teorías contemporáneas del populismo, especialmente desde las perspectivas posestructuralistas. Se centra en cómo se construye discursivamente el concepto de pueblo en el contexto del bolsonarismo y si esta construcción puede ser considerada como populista. El análisis se enfoca en las campañas presidenciales de Brasil en 2018 y 2022. A pesar de la asociación común entre el bolsonarismo y el populismo, los significados de pueblo en este discurso contradicen la concepción hegemónica de “excluidos”, “pobres” o la “mayoría silenciosa” dentro del populismo. Para el bolsonarismo, el pueblo está compuesto principalmente por “ciudadanos de bien” en 2018 y “patriotas” en 2022, ambos términos socialmente excluyentes. Estas designaciones se alejan de la idea de pueblo como la parte excluida

* Universidade Federal de Pelotas – Pelotas, Brasil. Profesor de Teoría Política en el Programa de Posgrado en Ciencia Política de la Universidad Federal de Pelotas (PPGCPol/UFPel), Brasil. Becario de Investigación de Productividad del CNPq - Nivel 2. Correo electrónico: dd-mendonca@gmail.com

Código de referato: SP.326.LX/23
<http://dx.doi.org/10.22529/sp.2023.60.11>



STUDIA POLITICÆ  Número 60 invierno 2023 pág. 301–335

Recibido: 27/06/2023 | Aceptado: 02/09/2023

Publicada por la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales
de la Universidad Católica de Córdoba, Córdoba, República Argentina.

de la sociedad. Sin embargo, se argumenta que el bolsonarismo representa una forma de populismo de extrema derecha, a través de dos estrategias argumentativas. En primer lugar, se vacía ontológicamente el concepto de pueblo y, en segundo lugar, se propone un concepto mínimo de populismo como la construcción política y discursiva de un pueblo contra su enemigo, lo que permite considerar al bolsonarismo como un tipo singular de populismo.

Palabras clave: populismo – bolsonarismo – pueblo – *dêmos* - posestructuralismo

Resumo

Este artigo tem como objetivo analisar o bolsonarismo à luz das teorias contemporâneas do populismo, especialmente a partir das perspectivas pós-estruturalistas. O foco recai sobre a forma como o conceito de povo é construído discursivamente no contexto do bolsonarismo e se essa construção pode ser considerada como populista. A análise se concentra nas campanhas presidenciais do Brasil em 2018 e 2022. Apesar da associação comum entre o bolsonarismo e o populismo, os significados de povo neste discurso contradizem a concepção hegemônica de “excluídos”, “pobres” ou a “maioria silenciosa” no populismo. Para o bolsonarismo, o povo é composto principalmente por “cidadãos de bem” em 2018 e “patriotas” em 2022, ambos termos socialmente excludentes. Essas designações se afastam da ideia de povo como a parte excluída da sociedade. No entanto, argumenta-se que o bolsonarismo representa uma forma de populismo de extrema direita, por meio de duas estratégias argumentativas. Primeiro, esvazia-se ontologicamente o conceito de povo e, em segundo lugar, propõe-se um conceito mínimo de populismo como a construção política e discursiva de um povo contra seu inimigo, permitindo considerar o bolsonarismo como um tipo singular de populismo.

Palavras-chave: populismo – bolsonarismo – povo – *dêmos* - pós-estruturalismo

Abstract. This article aims to analyze Bolsonaroism in light of contemporary theories of populism, particularly from post-structuralist perspectives. It focuses on how the concept of ‘the people’ is discursively constructed in the context of Bolsonaroism and whether this construction can be considered populist. The analysis centers on the Brazilian presidential campaigns in 2018 and 2022. Despite the common association between Bolsonaroism and populism, the meanings of the people in this discourse contradict the hegemonic conception of ‘excluded’, ‘poor’, or the ‘silent majority’ within populism. For Bolsonaroism, the people is primarily composed of ‘good citizens’ in 2018 and “patriots” in 2022, both socially exclusionary terms. These designations diverge from the idea of ‘the people’ as the excluded part of society. However, it is argued that Bolsonaroism represents a form

of far-right populism through two argumentative strategies. First, the concept of the people is ontologically emptied, and second, a minimal concept of populism is proposed as the political and discursive construction of ‘a people’ against its enemy, allowing the consideration of Bolsonarism as a unique form of populism.

Keywords: populism – bolsonarism – people – dêmos - post-structuralism

Introducción

El objetivo de este artículo es analizar el bolsonarismo desde una perspectiva crítica, haciendo foco en las teorías contemporáneas del populismo, especialmente las posestructuralistas. De manera más específica, mi atención se centrará en cómo el pueblo es construido discursivamente a través de la experiencia del bolsonarismo y si esta construcción puede considerarse verdaderamente populista. Para ello, analizo este discurso centrándome especialmente en las dos últimas campañas electorales para la Presidencia de Brasil que tuvieron lugar en 2018 y 2022. Opto por elegir estos dos momentos porque es durante los períodos electorales que los significados del discurso bolsonarista se vuelven aún más evidentes.

Aunque es común encontrar la asociación entre el bolsonarismo y el populismo en los medios periodísticos y académicos, los significados populares articulados por este discurso son contradictorios con la noción hegemónica de pueblo desarrollada históricamente por los enfoques del populismo, los cuales lo consideran como el conjunto de los “excluidos”, los “pobres” o incluso la “mayoría silenciosa”. En contraste, para el bolsonarismo, el pueblo está formado principalmente por los “ciudadanos de bien” en 2018, y cambia a “patriotas” en 2022, ambos términos originados y respaldados principalmente por las clases medias y altas de Brasil. Estas designaciones del sujeto popular se alejan del sentido de pueblo como la parte pobre o excluida de la sociedad, por lo que es posible sospechar si el discurso bolsonarista es realmente un ejemplo de populismo.

Sin embargo, en este artículo sostengo que el bolsonarismo es una experiencia populista de extrema derecha, utilizando dos estrategias argumentativas. En primer lugar, reflexiono sobre los significados del pueblo, para proponer un completo vaciamiento de su sentido ontológico y liberarlo de cualquier contenido *a priori*. En segundo lugar, presento y desarrollo un concepto mínimo de populismo, entendido como la construcción política y discursiva de

un pueblo contra su enemigo, lo cual me permite considerar el bolsonarismo como un tipo de populismo único en su género.

Para cumplir con los objetivos de este artículo, está dividido, además de esta introducción y las conclusiones, en cinco secciones principales. En la primera, se aborda la recurrente desacreditación que los términos populismo y bolsonarismo han enfrentado en los debates tanto políticos como académicos sobre el populismo. En la siguiente sección, se discute la distinción entre «*dêmos*» y «*pueblo*», especificando el sentido estricto para *dêmos* y amplio para *pueblo*. A partir de esta distinción, se propone un concepto de populismo que tiene como objetivo vaciar completamente los vestigios ontológicos aún presentes en las teorías populistas.

En las tres secciones siguientes, dedico mi atención al análisis *stricto sensu* del bolsonarismo, especialmente en lo que respecta a la forma en que este discurso articula al pueblo. En primer lugar, presento sus condiciones de emergencia, destacando las experiencias de los gobiernos de Luiz Inácio Lula da Silva (2003-2010) y Dilma Rousseff (2011-2016), y el interregno de Michel Temer (2016-2018) tras el golpe parlamentario que destituyó a Rousseff en 2016. A continuación, intento demostrar cómo el bolsonarismo articula al pueblo y cómo esta articulación logró hegemonizar sus contenidos al punto de que Bolsonaro ganara las elecciones de 2018 y casi lograra la reelección en 2022.

1. El problema compartido entre el populismo y el bolsonarismo

El primer aspecto que deseo discutir es el problema común que comparten el populismo y el bolsonarismo. Este problema surge principalmente debido a la forma poco interesada en la que normalmente se abordan el populismo y, por extensión, el bolsonarismo, por parte de sus adversarios políticos y también en el ámbito académico predominante. Ambos términos suelen utilizarse como insultos políticos, ya sea para acusar de engaño o de demagogia.

Casi tan antiguo como la historia del populismo es su uso peyorativo. El populismo no se entiende comúnmente como una construcción política legítima, sino como la forma en que sujetos sin escrúpulos manipulan políticamente a una masa de individuos ingenuos y desinformados. Por lo tanto, un significativo muy común asociado al populismo es la imagen de un líder, como Perón o Vargas, hablando emocionalmente ante una multitud que lo aplaude efusivamente, como si el liderazgo populista fuera una especie de

flautista de Hamelin. La ilegitimidad del populismo, según sus críticos, radica en el uso de la masa popular como un instrumento, como un arma al servicio de un liderazgo carismático cuyos poderes inexplicables son capaces de presionar un orden político, especialmente si dicho orden se basa en el principio de soberanía popular, como lo hacen las democracias liberales, al menos, retóricamente.

Es importante destacar que considerar la movilización popular bajo el liderazgo populista únicamente como un ardid engañoso que engaña al pueblo y presiona a la élite política genera una serie de obstáculos para una comprensión más adecuada de este fenómeno. En primer lugar, si el populismo se reduce únicamente a un engaño, difícilmente se lo considerará como una forma legítima de hacer política, ya que se supone que conduce inevitablemente a los sujetos hacia el error. Si la política, en un sentido aristotélico, implica la búsqueda del bien común y la felicidad, el político populista se verá relegado al nivel de los demagogos. Por lo tanto, el populismo no sería un objeto válido para la ciencia política, al menos no para una ciencia política seria.

Otro obstáculo que dificulta una comprensión precisa del populismo se refiere al sentido elusivo del pueblo en sí mismo, lo que permite cuestionar si el pueblo movilizado por una experiencia populista es verdaderamente popular o no. En la próxima sección, desarrollaré con más detalle la naturaleza polisémica del concepto de pueblo, pero en este momento abordaré un elemento específico de este tema. En este sentido, en el antagonismo entre el discurso populista y su(s) enemigo(s), siempre habrá una disputa sobre quién realmente habla en nombre del pueblo. Esto se debe a que el populismo siempre será el resultado de la movilización de una parte de la sociedad que se autoproclama como el todo, la plebe que pretende hablar en nombre del *populus*, en contraposición a una concepción jurídica-estatal de que el pueblo es el conjunto de todos los ciudadanos de un Estado, es decir, un número mucho mayor que aquel movilizado por una experiencia populista. En esta diferencia entre el pueblo construido por el movimiento populista y el pueblo apático, entendido simplemente como la suma de los habitantes de un país, hay una disputa hegemónica en torno a la legitimidad de quién realmente está hablando en nombre del pueblo.

De esta manera, al combinar estos dos obstáculos para comprender el populismo: el engaño de las masas y el hecho de que la parte no necesariamente representa a la totalidad de la comunidad política, para sus críticos, el populismo no es más que una maniobra distractiva que no merece ningún respeto político o académico. No es sorprendente para aquellos que estudian el popu-

lismo que, a lo largo de su historia, este fenómeno haya sido objeto de estas y otras críticas, tanto por parte de los liberales, que perciben las experiencias populistas como señales de subdesarrollo económico y déficit democrático, como por los marxistas, que consideran el populismo como una forma equivocada y demagógica de movilizar a los explotados y a la clase trabajadora.

No obstante, no es suficiente ridiculizar o relegar el populismo a la condición de paria de la política para derrotarlo, especialmente cuando se encuentra asociado a discursos excluyentes de extrema derecha, como en el caso del bolsonarismo. Existe una *raison d'être* que explica la hegemonía alcanzada por una movilización populista, la cual va mucho más allá de una simple postura negacionista por parte de sus críticos.

Esta *raison d'être* es el elemento sintomático presente en toda experiencia populista. En este texto, el populismo no se entiende como un régimen político o cualquier forma de institucionalización, sino más bien como el síntoma de una estructura política que probablemente está experimentando un proceso de desplazamiento, en el sentido de Laclau (1990). En los Estados con regímenes democráticos liberales, este desajuste sistémico ha ido empeorando gradualmente como resultado de un continuo proceso de colonización de la política y la soberanía de los Estados por parte de la economía neoliberal.

A partir de la década de 1980, los ciudadanos han estado eligiendo gobiernos que cada vez les rinden menos cuentas y que están cada vez más obligados a rendir cuentas al mercado globalizado. Desde entonces, la política, basada en el famoso principio thatcheriano “There is no alternative” (TINA), se ha convertido en un juego aburrido en el que la elección entre los partidos políticos de centro se ha vuelto irrelevante, ya que, tanto a la derecha como a la izquierda, las reglas y las obligaciones neoliberales ya estaban establecidas de antemano. Este proceso ha sido llamado por Mouffe (2019) “posdemocracia”, y su efecto contestatario se ha sentido desde la aparición de movimientos populistas, principalmente de derecha, a partir de la década de 1990:

En la década de 1990, partidos populistas de derecha, como el FPÖ en Austria y el Frente Nacional en Francia, comenzaron a presentarse con el objetivo de devolverle la voz al “pueblo” que les había sido arrebatada por las élites. Apelando a la frontera entre el “pueblo” y el “sistema político”, lograron traducir en un lenguaje nacionalista las demandas de los sectores populares que se sentían excluidos del consenso dominante. (p. 41)

Por lo tanto, el populismo es, ante todo, un síntoma del descontento de las personas comunes, es decir, la mayoría de la población que no es escuchada por las élites políticas, quienes toman decisiones de manera vertical. El populismo, además de ser un síntoma de esta sordera elitista, también es una reacción antisistémica que constituye la participación efectiva de los ciudadanos en contra de una estructura política completamente incapaz de lidiar con una ciudadanía no apática.

La cuestión central aquí es la forma en que la reacción populista se dirige hacia la élite política o, según el vocabulario de Laclau (2005) y Mouffe (2019), cómo se movilizan y dirigen los afectos contra los enemigos del pueblo. En el caso de las democracias de Estados Unidos y Europa occidental, las experiencias populistas (y nacionalistas) han surgido asociadas a una serie de discursos de derecha y extrema derecha, excluyentes y xenófobos. En América Latina, desde el comienzo de este siglo, como sabemos, hemos tenido diversas experiencias populistas progresistas de izquierda, que han sido verdaderos laboratorios de inclusión de los más pobres en contextos de estructuras políticas y sociales históricamente elitistas.

Brasil, de alguna manera, ha experimentado una dinámica política híbrida en comparación con la de sus vecinos latinoamericanos y los países del norte global. Desde el primer gobierno democrático después del fin del régimen militar, el país ha vivido un proceso continuo de incorporación a la lógica económica neoliberal. Ya sea en gobiernos claramente liberales que adoptaron el neoliberalismo como proyecto político modernizador, como Fernando Collor de Mello, Itamar Franco y Fernando Henrique Cardoso, o en gobiernos de centro-izquierda como el de Luiz Inácio Lula da Silva y Dilma Rousseff, los principios de una economía globalizada neoliberal nunca fueron desafiados. En este sentido, en términos económicos, Brasil ha adoptado una postura constante de participación en el juego económico internacional, buscando asumir cierto protagonismo en este escenario.

La experiencia de los trece años de los gobiernos de Lula y Dilma es quizás el ejemplo más interesante de la dinámica política híbrida que quiero destacar. Por un lado, no hay duda de que fueron administraciones que implementaron una serie de políticas públicas orientadas a la inclusión de los brasileños más pobres, como la renta básica, viviendas populares y políticas de cuotas para el acceso a las universidades más prestigiosas de Brasil. Por otro lado, incluso en los peores momentos que precedieron al golpe parlamentario que resultó en el juicio político de Dilma Rousseff en 2016, no se puede decir

que los gobiernos del Partido de los Trabajadores desafiaron al capital o a la dinámica económica neoliberal.

En ese sentido, como veremos más adelante, el bolsonarismo no fue propiamente una reacción de la extrema derecha cuyo objetivo era ocupar un espacio que estaba bajo el control de un gobierno que se dirigía hacia el socialismo. Asimismo, el discurso bolsonarista tampoco debe ser visto como un desafío al neoliberalismo reinante en Brasil desde principios de la década de 1990, que incluso atravesó los gobiernos del Partido de los Trabajadores (PT). Por el contrario, el bolsonarismo es aun más neoliberal que las experiencias anteriores. El bolsonarismo es un discurso originario de las clases ricas, de esa minúscula parte de la población brasileña que logró, a través de la movilización populista, la condición hegemónica del pueblo (*populus*).

Es fundamental entender también que el bolsonarismo no se opuso únicamente al PT y a los movimientos progresistas. Como dijo en repetidas ocasiones Bolsonaro, este discurso era “contra todo lo que está ahí”, una clara oposición a la estructura política brasileña, con la promesa de rediseñarla en nombre del pueblo. Y fue con este discurso antagónico, contra todo y contra todos, que el bolsonarismo se encontró con el populismo, un encuentro mediado por el mismo tipo de política y análisis político que solo ve en el elitismo político la fuente de la racionalidad y la buena política.

El bolsonarismo fue simplemente menospreciado por aquellos que pensaban que era solo una enfermedad efímera. Sin embargo, el bolsonarismo es una enfermedad política grave que pone al descubierto una sociedad excluyente y racista como la brasileña. Pero al igual que en otros países, donde menosprecian sus populismos excluyentes como si esa postura negacionista pudiera eliminarlos, en Brasil el bolsonarismo surgió meteóricamente de ser considerado una anécdota risible hasta convertirse en el centro del poder político. En 2018, nadie apostaba por la victoria de Bolsonaro, incluso después de la exclusión de Lula de la carrera electoral. Sin embargo, Bolsonaro solo fue posible porque se construyó un pueblo; un pueblo extraño, un cisne negro entre todos los blancos populistas que se habían visto y nombrado hasta entonces. El bolsonarismo, como trataré de demostrar, se suma a la colección de ejemplos del problema clásico de la inducción.

Sin embargo, antes de analizar con más detalle a este extraño pueblo bolsonarista, es necesario retroceder un paso y distinguir teóricamente entre “*pueblo*” y “*dêmos*”, dos significantes que no deben ser considerados sinónimos. Como veremos a partir de la siguiente sección, el bolsonarismo ha constituido un pueblo, pero no un *dêmos*.

2. El populismo no es necesariamente democrático

Como vimos en la sección anterior, uno de los mayores obstáculos para comprender el populismo es el prejuicio de aquellos que lo consideran de manera peyorativa, como si fuera simplemente sinónimo de prácticas políticas autoritarias o totalitarias. Esta forma poco rigurosa de considerar el populismo es una de las principales barreras que impiden, incluso, considerarlo como una alternativa política capaz de promover la radicalización de la democracia en sí misma. Sin embargo, si, por un lado, el populismo no puede ser confundido con autoritarismo o totalitarismo como a menudo pretenden sus detractores, por otro lado, no podemos considerarlo necesariamente democrático simplemente porque se construye “un pueblo”.

En este sentido, es posible encontrar experiencias populistas autoritarias, al igual que existen populismos democráticos. El punto clave aquí es comprender el sentido específico de “pueblo” en el contexto de una experiencia populista y, sobre todo, la razón por la cual el término “pueblo” no es un sinónimo inmediato de “*dêmos*”, aunque en contextos específicos pueda constituirse como tal. En esta sección, mi objetivo principal es establecer la diferencia entre “pueblo” y “*dêmos*” y, a partir de ello, explorar las posibilidades de comprensión de los dos tipos principales de populismo: el democrático y el no democrático.

El término “pueblo” es inherentemente polisémico. Puede ser, en su acepción jurídico-liberal, simplemente la suma de los ciudadanos de un Estado. Desde una perspectiva sociológica, el pueblo puede ser una parte específica, aunque mayoritaria, de la población compuesta por trabajadores manuales o los más pobres. También puede referirse al conjunto de los nacionales de un Estado en contraste con los pueblos de otras naciones, designación típica en discursos nacionalistas. Además, “pueblo” puede entenderse como el término que traduce la palabra griega “*dêmos*”. Sin embargo, el concepto de “pueblo” que desarrollo a continuación difiere de todas estas acepciones, aunque pueda estar relacionado con cualquiera de ellas. Lo que me gustaría destacar en este momento es la polisemia asociada al significante “pueblo”, que lo convierte en un término elusivo cuyo significado más o menos preciso depende inevitablemente de un contexto definido.

La palabra “*dêmos*” no posee la misma polisemia que el término “pueblo”, si consideramos su sentido clásico. En Atenas, entre los siglos VIII y IV a.C., *dêmos* adquirió un sentido relativamente definido. Sin embargo, es importante señalar que dicho término enfrentó resistencias y disputas, y llevó a dos

significados principales y bien conocidos. Por un lado, *dêmos* podía referirse al conjunto de individuos más pobres y sin cualidades, es decir, las personas que no tenían ascendencia (*aristoi*), ni riqueza (*oligoi*). Este significado tenía su origen en la aristocracia. Por otro lado, también se entendía como el conjunto de todos los individuos políticamente activos en la polis de Atenas durante la época de la democracia. En este sentido más amplio, *dêmos* estaría compuesto por todos los ciudadanos atenienses que, según Aristóteles, eran aquellos que podían ser jueces o magistrados.

Sin embargo, la precisión semántica que quiero resaltar aquí no está exclusivamente relacionada con su caracterización numérica, es decir, si el *dêmos* se refiere a una parte de la sociedad (los pobres) o a su totalidad (todos los ciudadanos). Esta caracterización cuantitativa oculta un movimiento político mucho más interesante de considerar, en vista de nuestra formulación sobre el populismo.

Así, en la Atenas clásica, el *dêmos* era una parte de la sociedad, originalmente pobre y desatendida, que, para lograr cierto espacio de poder, tuvo que actuar conjuntamente contra los oligarcas en un proceso continuo de “empoderamiento” (Ober, 2007). La democracia, como forma de gobierno, es el resultado de esta acumulación gradual de poder. Esto se debe a que la clásica descomposición de la palabra, es decir, *dêmos* + *kratos*, no solo significa el poder o gobierno del *dêmos*, ya que *kratos*, este sufijo que indica poder o gobierno, también implica que este poder o gobierno fue previamente objeto de lucha y conquista por parte del *dêmos*, es decir, un típico proceso de “empoderamiento” de la parte más pobre de la sociedad. La democracia se traduciría de manera más precisa, si no solo significara el poder o gobierno del *dêmos* –y esto cambiaría drásticamente su comprensión–, sino también si pusiera de manifiesto su historia o su sedimentación oculta: la democracia debería significar, de manera más exacta, el poder o gobierno de un *dêmos* empoderado.

El efecto práctico de esta concepción de la democracia en la Atenas clásica es una forma de gobierno que empoderó al *dêmos*, la parte de la población sin ascendencia social, permitiendo que los más pobres compartieran las decisiones políticas de la ciudad con la clase oligárquica. Es este sentido de democracia, como un poder alcanzado por el *dêmos* y que es inclusivo en el sentido de permitir que otros sectores sociales también compartan ese poder, el que me gustaría rescatar para hablar del populismo democrático, en contraste con el populismo no democrático, este último claramente excluyente.

En ese sentido, la distinción aristotélica entre *politia* y democracia resulta didácticamente útil para clarificar la diferencia entre populismo democrático y no democrático. En la clásica distinción de Aristóteles entre las formas buenas y malas de gobierno, la *politia* era el gobierno de muchos, cuyas decisiones buscaban el bienestar de la ciudad en su conjunto. Por otro lado, la democracia era también el gobierno de muchos, pero que buscaba únicamente sus propios intereses y no los intereses de la ciudad en su conjunto. En mi opinión, lo que Aristóteles llamaba *politia* es el efecto político de lo que aquí llamo populismo democrático, es decir, el poder conquistado por el *dêmos* y que es inclusivo, mientras que el populismo no democrático es el poder alcanzado por una parte de la sociedad, pero que tiene como efecto político la exclusión. Para profundizar en la explicación de esta distinción entre estos dos tipos de experiencias populistas, es necesario presentar la definición que considero más adecuada de populismo.

Así, entiendo el populismo simplemente como la construcción discursiva y política de un pueblo en antagonismo con su enemigo. Esta es una definición ontológica mínima que considero capaz de abarcar diversas experiencias concretas caracterizadas como populistas. Además, al considerar esta definición como mínima y a nivel ontológico, inspirada en la ontología no fundacional de Heidegger (1999), también se busca vaciar cualquier sentido concreto de los elementos que componen este concepto. Estos elementos son tres: el pueblo, su enemigo y la dimensión antagónica que se constituye en cualquier experiencia populista.

Dentro de los elementos mencionados, el que merece especial atención es el pueblo, ya que, en diversas aproximaciones al populismo, suele venir acompañado de sentidos particulares que aquí quiero excluir del concepto ontológico no fundacional que he presentado. Parto del supuesto de que el pueblo no debe tener ningún sentido *a priori*, lo que significa que no está necesariamente compuesto por los miembros más pobres de una comunidad política o por el conjunto de ciudadanos de un Estado. Tales sentidos, entre otros posibles, solo se asociarán al pueblo en una movilización populista cuando se analice esa experiencia en particular. Con esto, aunque mi comprensión de la constitución de un discurso populista está inspirada en la teoría del populismo de Laclau (2005), considero que existe un residuo esencialista en la formulación de este autor al suponer que el pueblo está compuesto por los “de abajo” o los “desfavorecidos”. Lo que Laclau y, de hecho, la mayoría de los autores hacen es tomar el sentido de “pueblo” como sinónimo de *dêmos*, lo cual no necesariamente tiene que ser así. Desde mi punto de vista conceptual,

el pueblo en el populismo siempre es una construcción político discursiva, cuyo sentido depende inevitablemente de la onticidad a la que está sometido.

El segundo elemento del concepto de populismo que presenté anteriormente, es decir, los enemigos del pueblo, tampoco tiene un sentido *a priori* o un origen necesario. Además, dependen del contexto específico en el que se construyó el discurso populista. El vacío ontológico conceptual que estoy proponiendo para el populismo es radical y no puede ser contaminado por ninguna experiencia óptica. Por lo tanto, aunque en la historia del populismo haya sido evidente encontrar a los pobres como parte del pueblo y a los ricos o poderosos como sus enemigos, no hay garantía de que no sean posibles otras construcciones discursivas populistas.

El tercer elemento central en el concepto mínimo de populismo presentado es el antagonismo, que tiene el mismo sentido que el utilizado por la teoría del discurso de Laclau y Mouffe (1985). Así, si el antagonismo significa que “la presencia del otro me impide ser completamente yo mismo” (Laclau, 2000), estableciendo una relación verdaderamente política entre dos fuerzas que nunca está dada de antemano, el antagonismo nos permite pensar que los sentidos de pueblo y de enemigos del pueblo también pueden asumir diversos contenidos ópticos. Tomar en serio la radicalidad de este vacío ontológico nos permite, en el plano óptico, incluso admitir que las demandas sociales originadas en las clases altas y medias, como reacción a un gobierno que perciben antagonico, pueden hegemonizarse en un discurso de tipo populista.

Especificados los elementos centrales que constituyen la noción de populismo presentada anteriormente, así como el sentido específico de *dêmos*, que claramente se distingue de las múltiples posibilidades de significado del pueblo, entiendo que existen dos conceptos principales de populismo: el concepto general enunciado anteriormente y el concepto de populismo democrático, que es una variación del primero y presenta un sentido notablemente diferente. De esta manera, entiendo por populismo democrático la construcción político discursiva de un pueblo, como *dêmos*, antagonizando a su enemigo.

En la próxima sección, analizaré los elementos centrales de una experiencia populista que ha sido y sigue siendo una amenaza evidente para la democracia, tanto como gobierno como movimiento. Sin embargo, dado que el populismo ha sido utilizado por autores liberales como el chivo expiatorio de lo que han llamado la crisis de la democracia, considero que aclarar la especificidad del populismo democrático, como lo hice en esta sección, es otorgar al concepto la dignidad que merece.

3. Las condiciones de emergencia del bolsonarismo

En la sección anterior, una de las razones por las que especifiqué el concepto de populismo democrático en contraposición con el populismo en general fue el hecho de que sería imposible, desde un punto de vista conceptual riguroso, considerar al bolsonarismo como un tipo de populismo, ya que el sentido de pueblo movilizado por esta experiencia no tiene, al menos en su origen, ninguna relación con la idea de pueblo como la parte de los “desfavorecidos”, los “de abajo”, en una palabra, como el *dêmos*. Por el contrario, el discurso bolsonarista tiene un origen y mantiene un centro retórico elitista y excluyente. En esta sección, mi objetivo es analizar las condiciones de emergencia del pueblo en el discurso bolsonarista y los sentidos que se articulan en él.

Defiendo que el bolsonarismo es una experiencia populista de extrema derecha, ya que construye un pueblo de manera antagonista a su enemigo, además de articular diversos sentidos ideológicamente reaccionarios y excluyentes, al igual que otras movilizaciones de este tipo, como el trumpismo en Estados Unidos, por ejemplo. Una característica particular del bolsonarismo, que lo distingue de muchas movilizaciones populistas de derecha, es el hecho de que, desde el punto de vista económico, se trata de un discurso neoliberal que cuenta con un amplio apoyo por parte de una gran parte de la clase empresarial brasileña. Como veremos a continuación, el bolsonarismo es más una reacción populista autoritaria con contenido moral que un discurso centrado en cuestiones económicas.

Sin embargo, lo que hace al bolsonarismo un caso muy particular de populismo es la forma en que fue construido. En resumen, se trata de un discurso que surge como una reacción radical de las clases medias y altas de la sociedad brasileña contra los gobiernos del PT y, especialmente, contra sus políticas de inclusión de los más pobres y vulnerables. Para comprender esta reacción, es necesario exponer, como se anticipó, las condiciones que dieron origen a este discurso. Estas condiciones surgieron de las experiencias de los gobiernos de Lula y Rousseff.

Así, los gobiernos de Lula (2003-2010) y Rousseff (2011-2016) se caracterizaron, al mismo tiempo, por mantener los marcos económicos neoliberales establecidos durante el gobierno de Fernando Henrique Cardoso (1995-2002), conocidos como el “trípode macroeconómico” –superávit primario, metas de inflación y tipo de cambio flotante–, pero también por implementar diversos programas sociales de inclusión para los más pobres. Esta postura de no oponerse “a los mercados” y destinar una parte importante de los recur-

sos federales a políticas públicas dirigidas a los brasileños más vulnerables fue denominada por André Singer, el científico político que acuñó el término “lulismo”, como “reformismo débil” (Singer, 2012).

El “reformismo débil” de las administraciones del PT implicaba más elementos que simplemente la ambivalencia de “servir a dos señores”. Fue la forma encontrada por los gobiernos del PT para jugar el complicado juego político brasileño conocido como “presidencialismo de coalición”. Dado que el sistema de partidos en el país está compuesto por diversos partidos relevantes, ninguno de ellos logra la mayoría en el Parlamento y, por lo tanto, para mantener la gobernabilidad, es necesario formar alianzas parlamentarias, incluso con adversarios electorales. Estas alianzas se dan de manera extremadamente pragmática a expensas del abandono de convicciones ideológicas. En este sentido, solo para dar un ejemplo, la base de apoyo del primer gobierno de Lula (2003-2006) en el Congreso Nacional estuvo compuesta por partidos de la derecha más conservadora, así como por comunistas.

Es cierto que este funcionamiento particular del sistema político brasileño abre la puerta a una serie de acuerdos poco republicanos (por ser eufemístico) entre los poderes Ejecutivo y Legislativo. Los gobiernos de Lula y Rousseff tuvieron que jugar este juego, ya sea liberando recursos para las llamadas “enmiendas parlamentarias”, o bien distribuyendo cargos en el gobierno a miembros indicados por los partidos que formaron su base de apoyo. El resultado de estos acuerdos pragmáticos realizados por los gobiernos del Partido de los Trabajadores fueron dos escándalos de corrupción, el Mensalão y el Petrolão, que serán decisivos para entender una de las justificaciones centrales para el surgimiento del bolsonarismo: la lucha contra la corrupción.

En 2005, es decir, en el tercer año del primer mandato de Lula, salió a la luz, con una extensa repercusión mediática, el escándalo del Mensalão. Este escándalo abrió la primera e irremediable fisura en relación con el apoyo electoral que históricamente el PT recibía de la clase media. A partir de ese momento, esta parte significativa de la sociedad brasileña gradualmente se posicionó como oposición al lulismo, prefiriendo, en las tres elecciones presidenciales siguientes, en 2006, 2010 y 2014, votar por los candidatos del Partido de la Social Democracia Brasileña (PSDB), la principal alternativa opositora al PT a nivel nacional hasta entonces.

La asociación entre el PT y la corrupción se volvió constante en las noticias de los principales medios de comunicación del país. Casi a diario, supuestas irregularidades administrativas no solo eran informadas, sino también inten-

samente explotadas. La cuestión aquí no es afirmar que las irregularidades o casos evidentes de corrupción no deban ser informados, investigados y que sus posibles responsables no sean sancionados. El problema radica en la exagerada repercusión que prácticamente da la impresión de que el PT inventó la corrupción en Brasil, un país estructuralmente gobernado por élites corruptas. La campaña mediática contra la corrupción era claramente selectiva y tenía como objetivo político debilitar moralmente al lulismo y a su partido.

La campaña sistemática contra la “corrupción del PT” no fue suficiente para sacar al partido del poder político a través del proceso electoral. Respaldadas por un excelente momento económico internacional, impulsado por el ciclo de las *commodities* a lo largo de la primera década de este siglo, además de la implementación de numerosos programas sociales de inclusión de los brasileños más pobres y vulnerables, las administraciones del PT, especialmente los dos gobiernos de Lula, alcanzaron altos índices de aprobación popular. En 2010, justo después de la primera elección de Rousseff, Lula dejó el poder con casi un 90 % de aprobación popular. Sin embargo, como mencioné anteriormente, cada vez más la clase media se distanciaba del PT y, en consecuencia, se unía a la oposición.

Sin embargo, el escenario político y económico de 2014, año en que Rousseff se postuló para la reelección, era completamente diferente. En ese momento, Brasil ya mostraba signos evidentes del agotamiento del ciclo de las *commodities* de la década anterior, lo que provocó una crisis económica cuyos efectos todavía se sienten en la actualidad. Además, en 2013, Brasil experimentó una serie de protestas populares contra la clase política conocidas como las “Jornadas de junio”. Aunque estas “Jornadas” comenzaron originalmente como manifestaciones de grupos de izquierda, a lo largo de los diversos actos en todo el país durante los meses de junio y julio, se organizaron movimientos de derecha y extrema derecha, formados principalmente por miembros de las clases medias y altas. Estos fueron los primeros indicios de los futuros protestos que, en 2015 y 2016, junto con el escándalo del Petrolão y la Operación Lava Jato, brindaron un “apoyo popular” al juicio político sufrido por Dilma Rousseff, a través de un golpe parlamentario en octubre de 2016.

Tras la destitución de Rousseff, quien asumió el poder fue su entonces vicepresidente, Michel Temer, del Partido del Movimiento Democrático Brasileño (PMDB). A partir de la administración de Temer, la idea de los principales partidos del nuevo gobierno, especialmente el PSDB y el PMDB, era crear las condiciones políticas para el regreso al poder de una coalición de centro-derecha que dependía de un buen desempeño de la administración de

Temer, en un país que atravesaba graves crisis en los ámbitos económico y político. Temer intentó articular una amplia alianza gubernamental para obtener la mayoría parlamentaria en ambas cámaras del Congreso y superar ambas crisis.

A primera vista, el gobierno de Temer, un político tradicional y con una larga carrera en la Cámara de Diputados, tenía buenas posibilidades de éxito para encaminar la victoria electoral de una coalición de centro-derecha en las elecciones presidenciales de 2018. Sin embargo, surgieron nuevos escándalos de corrupción que involucraron a varios ministros destacados del Gobierno, incluido el propio presidente. Estos escándalos sacudieron la opinión pública y, en pocos meses, la nueva administración federal perdió credibilidad ante los ojos del público. A pesar de ello, se aprobaron medidas económicas neoliberales provenientes del Poder Ejecutivo en el Congreso y, a pesar de las enormes evidencias de corrupción, Temer logró evitar un proceso de destitución.

El desprestigio político del gobierno de Temer parecía no haber influido en las predicciones de los científicos políticos sobre las elecciones presidenciales de 2018, en las cuales se esperaba una nueva disputa entre el PT y el PSDB. El PSDB eligió al gobernador del estado de São Paulo, Geraldo Alckmin, como su candidato. Por otro lado, el PT decidió nominar a Lula como su candidato. A pesar de los escándalos de corrupción que afectaron al partido, el expresidente lideraba todas las encuestas de intención de voto y tenía grandes posibilidades de ser elegido, incluso en la primera vuelta. Sin embargo, la Operación Lava Jato alcanzó a Lula mismo y el expresidente fue condenado y encarcelado después de un cuestionable proceso judicial, lo que le impidió postularse a la presidencia. Como resultado, el PT eligió al exalcalde de São Paulo, Fernando Haddad, como candidato sustituto de Lula.

La prisión y el desgaste político de Lula y el PT indicaban que, si se mantenía el patrón de polarización política entre el PT y el PSDB, como venía ocurriendo desde 1994, el regreso del PSDB a la presidencia sería más fácil. Con base en esto, el partido de centro-derecha logró reunir una amplia coalición electoral compuesta por nueve partidos, la mayoría de los cuales tenían una influencia significativa en el sistema político brasileño. Sin embargo, considerando todos los escándalos mencionados anteriormente, que involucraban al PT y a otros partidos tradicionales, las elecciones presidenciales de 2018 inauguraron un nuevo tipo de polarización, dividiendo a los votantes en dos polos discursivos antagónicos. Por un lado, un discurso que respaldaba las instituciones políticas, de las que tanto el PT como el PSDB formaban parte,

a pesar de sus diferencias ideológicas. Por otro lado, un discurso totalmente nuevo de carácter antisistema enunciado por Bolsonaro. En esta nueva configuración discursiva, el candidato del PSDB sufrió una derrota electoral históricamente drástica, obteniendo menos del 5 % de los votos en la primera vuelta (Jair Bolsonaro e Fernando Haddad decidirão eleição para presidente no segundo turno, 2018).

Con el PSDB fuera de la contienda electoral, el segundo turno de 2018 adquirió un nuevo marco discursivo centrado en el antagonismo entre el bolsonarismo y el lulismo. A pesar de que Lula no participaba activamente en las elecciones, seguía siendo una figura central en la campaña.

El proceso electoral de 2018 fue una especie de referéndum en el que los votantes tuvieron que elegir entre el regreso del lulismo o su rechazo. En ese momento, el bolsonarismo representaba claramente, por un lado, un discurso feroz contra el lulismo, pero también estaba dirigido en igual medida contra el “sistema político corrupto”, “contra todo lo que está ahí”, lo que Bolsonaro llamaba “la vieja política” (Bolsonaro, agora adepto ao tomá lá dá cá, já foi um feroz crítico da “velha política”; relembre, 2020; Marcello, 2019; Neves e Krüger, 2018). Así, durante la campaña electoral, Bolsonaro enfatizaba su diferencia con respecto a la política dominante y se posicionaba como un sujeto antagónico a ella.

Al presentarse como un “forastero”, un “enemigo de la vieja política”, Bolsonaro se sentía cómodo atacando tanto a la izquierda como al sistema político en su conjunto. Según Bolsonaro, la izquierda, como veremos con más detalle en la próxima sección, fue responsable de las corrupciones materiales y morales perpetradas por los gobiernos del PT. Para él, las organizaciones de izquierda amenazaban los valores cristianos y tradicionales de la familia brasileña. También asoció la izquierda con el comunismo, sosteniendo que Brasil, bajo el gobierno del PT, estaba a punto de convertirse en “una Cuba” o “una Venezuela” bajo el régimen chavista. Es importante entender también que, para el discurso bolsonarista, la idea de comunismo está relacionada con cualquier visión política progresista. Por lo tanto, el feminismo, el anti-racismo, las políticas sociales y el conocimiento científico son considerados amenazas reales para la cultura cristiana brasileña.

El objetivo principal de los ataques de Bolsonaro contra el sistema político en su conjunto era asociarse a una posición discursiva antisistémica. El bolsonarismo es un discurso populista, como se argumentará en la próxima sección, ya que construyó al pueblo a partir de la idea del “ciudadano

de bien”, un sujeto político que supuestamente ya no tolera la corrupción proveniente tanto del PT como del sistema político en general. Con este discurso contra todo y contra todos, cuyas cadenas de equivalencia analizaré en la próxima sección, Bolsonaro fue elegido presidente de Brasil el 28 de octubre de 2018.

4. La construcción del pueblo bolsonarista: el pueblo como “ciudadano de bien” en 2018

Habiendo presentado brevemente las condiciones de emergencia del discurso bolsonarista, en esta sección mi objetivo es exponer y analizar este fenómeno como una experiencia populista. Los científicos políticos que consideran el populismo de manera poco meditada estarían de acuerdo fácilmente con la afirmación de que el bolsonarismo es un tipo de populismo, dado que la histórica falta de reflexión sobre este tema contribuye a comprensiones comúnmente limitadas y erróneas. Sin embargo, para aquellos que tienen el populismo como objeto de investigación, es necesario realizar un esfuerzo analítico adicional para enmarcar la experiencia bolsonarista como populista. Esto se debe a que, como mencioné anteriormente, el proceso de hegemonización de este discurso tiene su origen en demandas provenientes de las clases medias y altas brasileñas. Dicho de otra manera, el bolsonarismo representa la denominación retrospectiva de las demandas excluyentes y autoritarias de los brasileños más ricos. Si examinamos el fenómeno bolsonarista desde esta perspectiva socialmente estratificada e ideológica, difícilmente encontraremos una teoría del populismo capaz de afirmar que el bolsonarismo es una experiencia de este tipo.

Aunque hasta ahora todos los cisnes parecían ser blancos, según el conocido problema de la inducción, no hay ninguna restricción que impida encontrar cisnes negros. En el caso específico del populismo, como mencioné anteriormente, existen tantas posibilidades de significado de “pueblo” que asociarlo únicamente al sentido de “los más pobres” constituye claramente un esencialismo basado en análisis ónticos. Es por esta razón que insisto en el vaciamiento radical ontológico del concepto de populismo, ya que al afirmar que se trata de una construcción político-discursiva de un pueblo en antagonismo con su enemigo, no hay presupuestos ónticos en ninguno de sus elementos conceptuales.

Dicho esto, a partir de ahora centraré mi atención en cómo se construyó el pueblo en el discurso bolsonarista, basándome en la estructuración del popu-

lismo propuesta por Laclau (2005). Dado que se trata de un discurso cuyos significados fueron inicialmente constituidos durante la campaña electoral de 2018 y que continúan en su proceso articulador hasta el momento en que se escribe este artículo, el significante “pueblo” ha experimentado cambios semánticos relevantes. En 2018, “el pueblo” estaba constituido por los “ciudadanos de bien”. En 2022, como veremos en la siguiente sección, los “ciudadanos de bien” fueron reemplazados por los “patriotas”. Veamos cómo se produjo esta transformación.

En el apartado anterior, vimos que la “lucha contra la corrupción” y la “moralización del país” se convirtieron, durante la campaña electoral de 2018, en el significante vacío principal del bolsonarismo. Así, cuando Bolsonaro afirmaba que era el candidato contra la “vieja política” o cuando decía que acabaría “con todo lo que está ahí”, tales expresiones eran epítomes de una demanda moralizante que provenía fundamentalmente de las clases medias y altas, construida en 2005 a raíz del escándalo del “Mensalão”, reforzada con el “Petrolão” y la “Operación Lava Jato” en 2014, y que había sido persistentemente “recordada” por una extensa campaña mediática que se prolongó durante todo el periodo de los gobiernos del PT.

La “moralización del país” se convirtió en el significante hegemónico capaz de articular, en 2018, al comienzo del bolsonarismo, demandas previamente dispersas que tenían en común al PT, el lulismo y la clase política como puntos antagónicos. La “moralización” y su polo antagónico, la “corrupción”, deben ser comprendidas en un sentido amplio, ya que Brasil era percibido por la derecha conservadora y reaccionaria bolsonarista como corrupto en varios niveles. Las demandas moralizantes pueden identificarse a partir de cuatro ejes principales: el moral cristiano, el económico, el judicial y el nacionalista militarista.

El eje moral cristiano revela el lado más conservador del bolsonarismo, además de ser el más visible y característico de este discurso. Está presente en los discursos de Bolsonaro y en las manifestaciones de sus seguidores. A partir de este eje, se intenta moldear la sociedad brasileña de acuerdo con estándares morales asociados a lo que los bolsonaristas llaman “valores cristianos”. Para ello, el bolsonarismo ha recibido un creciente apoyo de influyentes líderes de religiones pentecostales, cuyos fieles representan el 22 % de la población brasileña (Número de evangélicos aumenta 61% em dez anos, 2012). Este eje ha sido una amenaza para diversos avances sociales que la sociedad brasileña ha logrado en las últimas décadas con gobiernos progresistas. Bajo el argumento de la “defensa de la familia y la moralidad”, el bol-

sonarismo realiza campañas contra el pluralismo social y cultural en nombre de principios cristianos conservadores y reaccionarios.

El eje económico se basa en la coalición entre el bolsonarismo y los mercados, tanto a nivel global como doméstico, que se produjo en la segunda vuelta de las elecciones de 2018, ya que, como se mencionó anteriormente, el candidato del PSDB, que era un aliado tradicional de los “mercados”, fue derrotado en la primera vuelta de esa elección. La articulación entre Bolsonaro y los mercados fue posible debido a su previa cercanía con Paulo Guedes, un economista neoliberal formado en la Universidad de Chicago con una considerable experiencia en el mercado financiero y cofundador del BTG Pactual, uno de los mayores bancos de inversión de Brasil (Phillips, 2018). Guedes fue ministro de Economía de Bolsonaro durante todo su gobierno, lo cual fue considerado extremadamente positivo por los agentes financieros, ya que representaba una clara señal de privatización de empresas estatales y la implementación de reformas en el Estado, vistas como cruciales para la agenda liberal.

El eje judicial jugó un papel fundamental en la estrategia de construcción del pueblo bolsonarista. Durante los gobiernos del PT, las clases medias y altas se identificaron como sujetos del discurso mediático de anticorrupción, manteniéndose en oposición al lulismo y generalmente votando por el PSDB en las elecciones presidenciales. Sin embargo, en las elecciones de 2018, estos electores migraron mayoritariamente a apoyar a Bolsonaro.

A pesar de la importancia de los dos ejes anteriores para la elección y el gobierno de Bolsonaro, el eje judicial fue el responsable de reconocer al bolsonarismo como un discurso anticorrupción. En aquel momento, el bolsonarismo representaba una especie de moral republicana no solo contra el lulismo, sino contra el sistema político en su conjunto. La mayoría de los votantes brasileños creyeron que Bolsonaro podría llevar a Brasil a una nueva realidad política, dejando atrás cualquier forma de corrupción. Por lo tanto, una especie de “mesianismo judicial” hizo que el eje judicial se encontrara con el eje moral cristiano y, así, “bajo los ojos de Dios” y también “bajo una Justicia implacable”, ciega y para todos, Bolsonaro se presentó como la alternativa moralista en una estructura política profundamente desgastada.

Para ello, se encontró con un representante digno de este eje moralizante judicial, un nombre capaz de ser el símbolo, junto con Bolsonaro, del “ciudadano de bien”. Sérgio Moro, el juez responsable de los procesos de la Operación Lava Jato, aquel que condenó a Lula a prisión, se presentó como

el personaje ideal. Según la teoría del discurso de Laclau y Mouffe (1985), si la corrupción era percibida como una de las amenazas más graves contra las cuales se articulaba el discurso bolsonarista, el nombre de Moro era, literalmente, el significante vacío capaz de hacer justicia y castigar a los corruptos. En 2018, Moro se había convertido en una figura muy popular en el país, considerado por los medios de comunicación y la opinión pública como aquel que finalmente traería justicia a la política brasileña corrupta.

Moro no respaldó formalmente a Bolsonaro en las elecciones de 2018. Sin embargo, el entonces candidato presidencial elogiaba frecuentemente el papel desempeñado por el juez en la lucha contra la corrupción. Además, Bolsonaro afirmaba que, de ser elegido, invitaría a Moro a ser su ministro. Una vez elegido, Bolsonaro invitó al juez a ocupar el cargo de ministro de Justicia, invitación que Moro aceptó. Con la aceptación del Ministerio por parte del juez, el bolsonarismo dio otro importante paso hacia una posición hegemónica al hablar en nombre de la justicia y la ley, lo que consolidó el apoyo de los “ciudadanos de bien”, los medios de comunicación y la opinión pública. En este sentido, el 1 de noviembre de 2018, Bolsonaro publicó en su cuenta personal de Twitter lo siguiente: “El juez federal Sérgio Moro ha aceptado nuestra invitación para el Ministerio de Justicia y Seguridad Pública. Su agenda contra el crimen organizado y la corrupción, así como su respeto a la Constitución y las leyes, nos permitirán encontrar el verdadero rumbo” (Moro acepta convite de Bolsonaro para comandar o Ministério da Justiça, 2018).

Finalmente, el eje nacionalista militarista identifica al bolsonarismo con los símbolos y colores de la patria. En este eje, el discurso establece una diferencia entre los brasileños que enaltecen los símbolos y tradiciones nacionales y aquellos que los “antagonizan”. El apoyo que el bolsonarismo recibe de una parte significativa de los militares es el elemento esencial de este eje. El bolsonarismo ha sabido aprovechar con éxito entre sus seguidores el sentimiento de búsqueda de las raíces de la nación, lo que Paul Taggart (2000) llamó el “*heartland*”. Para ello, el discurso enfatiza el papel de los militares, percibiéndolos como aquellos que *aman a Brasil por encima de todo*. No fue casualidad que el candidato a la vicepresidencia elegido por Bolsonaro fuera Hamilton Mourão, un exgeneral del Ejército.

Es fundamental comprender que el “nacionalismo” bolsonarista no surgió como oposición de Brasil a otros países o naciones. En otras palabras, el “nacionalismo bolsonarista” es un falso nacionalismo; es, en cambio, una estrategia política para reforzar un discurso populista (De Cleen y Stavrak-

kis, 2017). El “nacionalismo” del bolsonarismo divide a los brasileños en “los buenos” y “los malos”. En este contexto discursivo, los “verdaderos nacionalistas”, según los tres ejes anteriores, son los cristianos, los liberales y aquellos que apoyan la Operación Lava-Jato y el fin de la corrupción. Por lo tanto, los “ciudadanos de bien” se ven a sí mismos como aquellos que aman al país por encima de todo, en contraposición a aquellos, es decir, los petistas, los comunistas, las feministas, los progresistas, etc., que “odian” los valores cristianos y las tradiciones nacionales. En resumen, el eje nacionalista funciona como un elemento que fusiona los otros ejes en el contexto del discurso bolsonarista.

Presentados los cuatro ejes principales que respaldaron la elección de Bolsonaro en 2018, concluyo esta sección con algunas palabras sobre el pueblo construido por el bolsonarismo en el contexto de esa campaña electoral. Como hemos visto hasta ahora, el pueblo en este discurso estaba formado por los “ciudadanos de bien”. Pero ¿qué significaba ser, en ese contexto, un “ciudadano de bien”? En general, el “ciudadano de bien”, originalmente una persona de clase media y alta, es aquel sujeto que se percibe a sí mismo como poseedor de cualidades intrínsecas, como ser trabajador, luchador, emprendedor, cristiano, buena persona, entre otras. Al mismo tiempo, este sujeto percibe al Estado y, principalmente, a los políticos como fuente de toda corrupción. Según esta perspectiva, la política tradicional es esencialmente corrupta y sistemáticamente perjudica o impide el desarrollo de los brasileños honestos y honrados.

Es importante destacar que la noción de “ciudadano de bien” está basada en un individualismo radical, que supone que la ausencia de obstáculos externos, como el Estado y los políticos, es una condición necesaria y suficiente para el desarrollo y la prosperidad personal. En última instancia, esto significa que el “ciudadano de bien” es un individuo egoísta que busca permanentemente su beneficio personal y que siempre rechazará cualquier acción estatal que busque el bien común, si esto resulta en alguna desventaja o simplemente si percibe una desventaja para sí mismo. Este individuo busca maximizar sus ganancias y, por esa razón, las políticas públicas de inclusión de los más pobres representan, literalmente, un desperdicio de dinero público, ya que considera absurdo destinar recursos a personas perezosas que no se esforzaron lo suficiente en la vida.

El “ciudadano de bien”, como mencioné anteriormente, además de ser miembro de las clases medias y altas, tiende a ser de piel blanca. Una búsqueda sencilla en Internet de imágenes de las manifestaciones que tuvieron lugar en

Brasil entre 2015 y 2022, ya sea en apoyo al juicio político de la presidenta Dilma Rousseff, en apoyo a la elección de Bolsonaro o durante su gobierno, en diversas manifestaciones antidemocráticas convocadas por el presidente, revela la presencia de un público mayoritariamente blanco vestido con los colores representativos del país, el verde y el amarillo. Además, este ciudadano típicamente bolsonarista defiende fervientemente la “meritocracia”, aunque se reconozca que, si las oportunidades entre ricos y pobres fueran una carrera de cien metros lisos, los pobres tendrían que recorrer toda la pista, mientras que los ricos solo los últimos diez metros.

Por lo tanto, este “ciudadano especial” se opone al programa Bolsa Familia, que ha sacado a millones de brasileños de la extrema pobreza. Se opone al programa Minha Casa, Minha Vida, que ha construido miles de viviendas populares. Está en total desacuerdo con el programa de cuotas en las universidades federales, que ha permitido el acceso de personas negras y pobres a las mejores universidades del país. En resumen, el deseo más íntimo, inconsciente y secreto del ciudadano de bien no es un Brasil con más justicia social y distribución de la riqueza, sino un país que mantiene sus dramáticos índices de exclusión de un pasado esclavista que aún persiste en la actualidad.

La pregunta que surge es la siguiente: ¿cómo fue que este discurso tan excluyente logró convertirse en hegemónico en términos electorales? Esta es una pregunta relevante, ya que el típico “ciudadano de bien” está lejos de ser la mejor representación del pueblo brasileño. En este sentido, seguramente podemos divergir sobre cuál sería “la imagen” representativa del pueblo brasileño, un país de inmensos contrastes. Sin embargo, no hay ninguna duda de que esta imagen, por exclusión, nunca sería la de una manifestación de los “ciudadanos de bien”, blancos, de clase media o alta y bolsonaristas.

La respuesta a la pregunta anterior ha seguido diversos caminos, ya que el bolsonarismo como discurso se constituyó a partir de una heterogeneidad, lo que refuerza la idea de Laclau y Mouffe (1985) de que el todo no es simplemente la suma de las partes, sino el resultado de su articulación. En este sentido, hemos visto que en 2018 este discurso se formó a partir de una práctica articuladora entre elementos o demandas dispersas en el campo discursivo, que surgieron de los cuatro ejes discursivos descritos anteriormente. Como sabemos, desde una perspectiva posfundacionalista, dicha articulación no era necesaria, pero aún así ocurrió. Comenzó en medio de una grave crisis económica, a partir de la percepción de “enemigos comunes”, específicamente el PT, la izquierda y la clase política. Estos enemigos representaban la “corrupción”, un significante antagónico que debe ser considerado como

vacío, ya que en el caso específico del bolsonarismo debe entenderse de manera amplia. Así, había corrupción en el Estado brasileño, en la clase política brasileña, en la moral y en las costumbres del país, en la falta de religiosidad de los comunistas, en la falta de patriotismo de los líderes políticos, en la gestión de la crisis económica, entre otros aspectos.

Los enemigos estaban claramente identificados y la solución también se mostraba clara. En este sentido, para combatir la corrupción sistémica se requería un arma poderosa: la moralidad incorruptible. Era esta moralidad la que liberaría al Estado brasileño de los corruptos que conforman la clase política; restauraría la religiosidad del pueblo brasileño amenazada por los comunistas; garantizaría la libertad individual y la reducción de impuestos para que las personas pudieran emprender y prosperar financieramente; impulsaría el crecimiento económico; mantendría intactas las fronteras del país contra enemigos extranjeros que quieren “robar” la Amazonía; en resumen, un sinfín de significados articulados en torno al significante vacío “moralidad” que hegemonizó el discurso bolsonarista frente al antagonismo de la “corrupción”, y que identificó el nombre de Bolsonaro con la figura de liderazgo populista capaz de reconciliar a Brasil y al pueblo brasileño con sus orígenes y tradiciones.

En líneas generales, entre 2018 y 2022, los elementos constitutivos del bolsonarismo se mantuvieron constantes. Sin embargo, la estructura de este discurso experimentó algunos importantes cambios de sentido. En 2022, la moralidad se mantuvo como elemento discursivo central; sin embargo, el antagonismo principal dejó de ser la corrupción y pasó a ser el comunismo. El pueblo gradualmente dejó de ser llamado “ciudadano de bien” para adquirir el sentido de patriota. En el transcurso de cuatro años, el bolsonarismo llevó a cabo un evidente “juego de sillas” entre sus significados, reordenando sus significantes en el contexto de un discurso populista de extrema derecha que pasó de la oposición a convertirse en gobierno.

5. El bolsonarismo reformado: el pueblo como “patriota” en 2022

En 2022, Bolsonaro se enfrentó a una nueva prueba en las urnas, en ese momento buscando su reelección. Muchos eventos ocurrieron durante su gobierno. Sin embargo, dado que el objetivo de este artículo no es analizar el bolsonarismo en el poder, mencionaré solo algunos momentos destacados que serán fundamentales para comprender el comportamiento discursivo del bolsonarismo durante su intento de reelección.

En primer lugar, Brasil tuvo la desafortunada experiencia de atravesar los peores momentos de la pandemia causada por el coronavirus durante el gobierno de Jair Bolsonaro, uno de los líderes más negacionistas y anticiencia del mundo. Mientras más de 700000 brasileños perdían la vida debido al COVID-19, él se burlaba de las víctimas y, hasta el día de hoy, se enorgullece de no haberse vacunado contra el virus. Fue también en nombre del negacionismo científico que el gobierno de Bolsonaro persiguió deliberadamente la ciencia y la cultura, convirtiendo a profesores, investigadores y artistas en sus enemigos. Como consecuencia, en su administración, se eliminó el Ministerio de Cultura, mientras que el Ministerio de Educación sufrió severos recortes de recursos.

En el ámbito económico, el ministro Paulo Guedes, como era de esperar, implementó la agenda económica neoliberal en nombre del “equilibrio fiscal”. Para lograr esto, llevó a cabo una serie de medidas en esta dirección. En primer lugar, realizó una reforma en el sistema de seguridad social, aumentando aún más la contribución mensual de los trabajadores. Además, otorgó autonomía al Banco Central, lo que en la práctica significó que esta institución, encargada de estabilizar las métricas inflacionarias del país, pasó a responder exclusivamente a los “mercados” y no al Estado brasileño. Además, el Gobierno privatizó Eletrobras, una gigante energética brasileña, y también llevó a cabo la venta de otros activos estatales y realizó diversas concesiones de servicios públicos.

Finalmente, un último evento provocó un cambio discursivo en el bolsonarismo. En abril de 2020, el entonces ministro de Justicia, Sérgio Moro, renunció a su cargo, lo que representó la ruptura entre el moralismo jurídico representado por el movimiento “Lava Jato” y el bolsonarismo. Esta ruptura explica, en gran medida, el deslizamiento significativo que ocurrió en el discurso bolsonarista, especialmente en lo que respecta a la denominación de su sujeto, que, como veremos a continuación, pasó a ser menos conocido como “ciudadano de bien” y más reconocido como “patriota”. Presentados estos momentos del gobierno de Bolsonaro, importantes para el argumento que desarrollaré a continuación, pasemos al análisis de este discurso en el contexto electoral de 2022.

Desde su inicio, el bolsonarismo ha sido un discurso populista moralizador. Si en 2018, como oposición, el enemigo fue la “corrupción” de la política tradicional, especialmente la del PT, en 2022, como Gobierno, Bolsonaro y sus seguidores designaron como principal enemigo al comunismo. En este contexto, el comunismo tiene una escasa relación con la experiencia soviética de

una economía planificada y políticamente alineada con una única ideología de origen marxista. Por lo tanto, es necesario entender que el significante “comunismo” fue apropiado por un discurso en un contexto completamente diferente.

Considerando la cadena de equivalencias del bolsonarismo, el comunismo es fundamentalmente el antagonismo común a todos los momentos articulados por este discurso, cuyos principales veremos a continuación: religión y familia cristiana, libertad y patriotismo. En este sentido, la defensa intransigente de los valores cristianos y la familia tradicional es una respuesta directa y contundente del bolsonarismo contra un comunismo ateo que defiende la subversión de la “verdadera” familia dentro de los marcos de la ley de Dios. De la misma manera, la defensa de la libertad representa la resistencia contra el totalitarismo comunista que amenaza al individuo y a su libertad. Por último, el comunismo es una amenaza para la propia nación y sus símbolos patrios, simplificada en la exhaustiva afirmación bolsonarista de “nuestra bandera jamás será roja”.

El comunismo, este mal que debe ser eliminado, articula sentidos que hay que considerar específicamente en el contexto del bolsonarismo. Estos sentidos van desde acusaciones de que los comunistas son defensores del color rojo y, por lo tanto, contrarios a los colores nacionales, hasta afirmaciones de que son antirreligiosos y, consecuentemente, defensores del cierre de iglesias, así como apoyadores de dictaduras socialistas, especialmente Cuba, Venezuela, Nicaragua y Corea del Norte. Además, el comunismo adquiere otras connotaciones muy particulares dentro del discurso bolsonarista. Estas connotaciones solo pueden entenderse adecuadamente si este “mal comunista” puede ser especificado y personificado. Es fundamental que los “rojos dictadores ateos” sean nombrados para que la amenaza roja pueda ser experimentada por los sujetos del bolsonarismo como una negatividad antagónica. En 2022, los nombres que personifican esta amenaza son principalmente el Partido de los Trabajadores (PT) y su candidato a la presidencia, Lula.

El discurso bolsonarista enuncia dos caminos que son, literalmente, dos mundos divididos por una línea antagónica. Son lógicas que se niegan mutuamente y, por lo tanto, no tienen ninguna medida común. Así, hay dos posiciones antagónicas bien claras y definidas entre el bolsonarismo y el lulismo: el bien contra el mal; la libertad y la propiedad privada contra el socialismo; el derecho a portar armas y a la legítima defensa contra la victimización de los delincuentes; la lucha contra las drogas y la violencia en oposición a la legalización de las drogas y la relativización del delito contra la demonización

de los policías; la protección de la vida desde la concepción en contra de la legalización del aborto; un gobierno honesto en contraposición a la corrupción sistémica; la defensa de la inocencia de los niños en contra de la destrucción de la familia. Como veremos a continuación, la amenaza comunista es el espectro permanente que se cierne sobre los significantes fundamentales del discurso bolsonarista, es decir, la religión y la familia cristiana, la libertad y el patriotismo. Comenzaré analizando el par religión y familia cristiana.

Como adelanté en la sección anterior, ya en las elecciones de 2018, el uso político de la religión por parte de la candidatura de Bolsonaro obtuvo un importante respaldo de una parte significativa de las iglesias evangélicas neopentecostales brasileñas. En el proceso electoral de 2022, el bolsonarismo intensificó este uso político hasta el punto de convertir la religión en el fundamento de su discurso. Afirmar que la religión es el fundamento de este discurso significa decir que este elemento se establece como la base o el trasfondo a partir del cual derivan todos los demás elementos discursivos y, en gran medida, son sus epifenómenos. Este fundamento religioso indica incluso que la política y la administración del Estado son elementos derivados de la voluntad divina.

La instrumentalización de la religión como arma política no es algo nuevo en Brasil. Sin embargo, en 2022, la explotación de la religiosidad popular por parte del bolsonarismo adquiere una centralidad discursiva sin precedentes desde la redemocratización brasileña. En este contexto discursivo, como fundamento, el discurso religioso indica que el origen de todas las cosas es Dios y que, en este sentido, todos los seres humanos y sus acciones son consecuencias necesarias del acto de creación. Como Dios es el origen de todas las cosas y es infinitamente bueno y sabio, es nuestro deber, como sus criaturas, seguir fielmente sus mandamientos, los cuales están consagrados en la Biblia Sagrada. Estos mandamientos se aplican a todas las áreas de nuestra vida, incluyendo, principalmente, la familia y la política.

En ese sentido, el fundamento indica una verdad incontestable e inmutable que debe ser seguida. En otras palabras, fundamento = verdad. Por lo tanto, es responsabilidad de Bolsonaro, como un simple sujeto de esta verdad, aplicarla. No es casualidad que el candidato del PL citara en varias ocasiones el pasaje bíblico de Juan 8:32: “Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres”.

El uso político de la religión tiene una relación directa con una concepción específica de la familia, ya que la buena familia (cristiana) es una prolonga-

ción natural de la voluntad de Dios. En este sentido, existe un tipo de familia “normal”, formada nuclearmente por la pareja, necesariamente un hombre y una mujer, y sus hijos. Esta formación familiar específica, según el bolsonarismo, está amenazada y, por esta razón, debe ser defendida. En el contexto de este discurso, la familia es a la vez sagrada y la base de una sociedad compuesta por ciudadanos de bien. Veamos de qué manera la (buena) familia está siendo amenazada y quién es responsable de esta amenaza.

En el discurso bolsonarista, la amenaza se identifica a partir de cualquier configuración familiar o políticas progresistas que difieran de las costumbres que el bolsonarismo asocia a la “familia normal”. Esto representa una identificación discursiva reaccionaria y conservadora, ya que no existe una amenaza antagónica real a la “familia normal” por parte de otras relaciones familiares o políticas progresistas en el ámbito de las costumbres.

De esta manera, existe un intento constante de mantener a la familia “protegida” tanto de los peligros como de las diferencias. Esta protección se dirige particularmente a los niños y adolescentes, vistos como los eslabones más frágiles para mantener la estructura familiar. En este contexto, “drogas”, “aborto” e “ideología de género” son términos que se equiparan: son amenazas y peligros constantes. Son perjudiciales y afectan directamente a la “inocencia de nuestros niños”, como a menudo ha afirmado Bolsonaro. El aborto, en cuanto a su legalización, nunca se verá como una cuestión de salud de la mujer, sino como el asesinato de un ser indefenso y una ofensa a la voluntad de Dios. Un debate consecuente sobre la cuestión de género ni siquiera se considerará en este contexto, ya que aquí el género es ideología, en el sentido de ser una mentira enseñada en las escuelas por profesores izquierdistas y que solo sirve para “desviar” a los niños. Incluso en lo que respecta al uso medicinal de sustancias actualmente prohibidas para uso recreativo, el bolsonarismo las niega por completo, ya que solo sirven para viciar a niños y adolescentes. El populismo bolsonarista es simple: Dios por encima de todos, la familia cristiana protegida contra el “mal”, y lo diabólico siempre está en el otro, es decir, en la izquierda y en la amenaza comunista.

La “libertad” es el segundo significante fundamental del bolsonarismo en el contexto electoral de 2022. Este significante se divide en dos campos distintos, pero complementarios. El primero de ellos, el campo de la libertad ideológica, es el más evidente en los discursos de Bolsonaro y sus seguidores, además de ser el más estridente. Se trata de la defensa de la libertad de los bolsonaristas para expresar sus visiones ideológicas sobre temas morales, culturales, religiosos y políticos, incluso si estas visiones están claramente en

desacuerdo con la ley. El segundo campo se refiere a la defensa de la libertad económica, momento en el que el bolsonarismo abraza el neoliberalismo como una concepción individualista del mundo, en el sentido de que los derechos del individuo están constantemente amenazados por la sociedad o por el Estado. Examinemos ambos en detalle.

El campo de la libertad ideológica, como anticipamos, está destinado a la defensa de la visión moral del mundo del bolsonarismo. Es importante entender que un ambiente político libre es el medio ideal para la propagación de los elementos ideológicos articulados por el bolsonarismo. Sin embargo, esto no significa que el bolsonarismo defienda la democracia, todo lo contrario. Basta recordar la participación de Bolsonaro en diversos actos públicos antidemocráticos a lo largo de su gobierno. La libertad que actualmente permite al bolsonarismo enunciar su discurso se volvería profundamente incómoda en una eventual etapa más avanzada de su hegemonización social y política.

En el contexto de un régimen democrático que es tolerante ante las constantes amenazas lanzadas por Bolsonaro y sus seguidores contra este mismo régimen, el entonces candidato del PL repetidamente afirmó: “He dicho que hay algo más importante que nuestra vida: es nuestra libertad”. Esta afirmación ilustra la comprensión del sentido que este término tiene en este contexto discursivo. Como un discurso populista reactivo, el bolsonarismo denuncia frecuentemente que la libertad está constantemente amenazada. En consecuencia, la “defensa de la libertad” siempre es la defensa de un “derecho amenazado”.

El discurso bolsonarista es circular. Recientemente hemos visto la centralidad del uso político de la religión y la familia cristiana. Ahora podemos afirmar que la supuesta defensa de la libertad aparece como la salvaguardia necesaria para afirmar estos valores conservadores. Sin embargo, no se trata solo de defender estos valores; el discurso bolsonarista quiere que sean los únicos valores presentes en la sociedad brasileña. En este sentido, no estamos frente a la defensa total de la libertad, sino nuevamente frente al uso político del significante “libertad” en favor de un discurso autoritario de normalización cultural y moral en el país.

La defensa de la libertad económica, como mencioné, es el encuentro del bolsonarismo con el neoliberalismo. En principio, a diferencia de otras experiencias populistas de derecha y extrema derecha, especialmente las europeas, podríamos suponer que el discurso bolsonarista asocia dos elementos que serían contradictorios entre sí, a saber, el conservadurismo moral y el

liberalismo económico. El conservadurismo moral presupondría el deseo de retroceder a una sociedad tradicional, lo cual incluiría formas económicas anticuadas en contraposición a lo que propone el neoliberalismo. Por otro lado, el liberalismo representaría una economía y una sociedad dinámicas, totalmente incompatibles con los valores tradicionales.

Es posible encontrar tanto sociedades tradicionales antiliberales como sociedades neoliberales con elementos sociales progresistas. Sin embargo, el punto central aquí es que no hay ninguna novedad u originalidad en la articulación entre el conservadurismo moral y el neoliberalismo, como ocurre en el discurso bolsonarista. Wendy Brown (2019) demuestra que, en el origen del pensamiento neoliberal, dicha articulación es incluso necesaria:

Según Hayek, la relación entre el mercado y la moral en el proyecto neoliberal no tiene nada que ver con el complemento, el hibridismo, la resonancia, la convergencia o la explotación mutua. En cambio, el mercado y la moral, igualmente importantes para una civilización próspera, están arraigados en una ontología común de órdenes espontáneamente evolucionadas cargadas por la tradición. (p. 118)

Como vimos en la sección anterior, la articulación entre el bolsonarismo y el neoliberalismo económico quedó sellada en 2018, cuando Paulo Guedes fue anunciado como ministro de Economía, poco después de las elecciones. Guedes asumió el mencionado Ministerio y se mantuvo en el cargo durante los cuatro años del gobierno de Bolsonaro. Si Bolsonaro hubiera sido reelegido, es probable que Guedes hubiera continuado como su ministro, lo cual explica en gran medida la preferencia de una parte significativa de los representantes del “mercado nacional” por Bolsonaro en detrimento de Lula.

Finalmente, llegamos al último significante principal del bolsonarismo en 2022, el “patriotismo”, momento en el que abordaré la resignificación del pueblo de “ciudadano de bien” a “patriota”. Desde un punto de vista estético, la imagen más distintiva del bolsonarismo ha sido el uso de los colores nacionales por parte de sus seguidores, especialmente el verde y el amarillo. La apropiación de estos y otros símbolos patrios por este discurso es tan evidente que la forma en que los brasileños no bolsonaristas se diferencian de los bolsonaristas es evitando el uso de prendas o accesorios que hagan referencia a las insignias y colores del país.

Además de los elementos performativos movilizados por este discurso, su autodeclarado nacionalismo aparece con frecuencia en lo que respecta a la

explotación de la Amazonia y otros biomas nacionales. Hay una demanda por parte del bolsonarismo, que en realidad se remonta al proyecto militar de colonización y control de las fronteras de la Amazonia brasileña durante el último período dictatorial, de que estos territorios son de Brasil y deben ser defendidos contra fuerzas extranjeras que amenazan la soberanía del país.

La retórica de la amenaza extranjera contra la selva amazónica no es algo nuevo en el discurso bolsonarista. En 2019, durante el primer año del mandato de Bolsonaro, el presidente lanzó ataques contra líderes europeos, especialmente el presidente francés Emmanuel Macron y la canciller alemana Angela Merkel, en respuesta a las declaraciones de estos líderes que acusaban al gobierno brasileño de facilitar los incendios en la Amazonia (*Amazon Fires: Brazil threatened over EU trade deal*, 2019).

No obstante, es importante comprender la raíz de esta cuestión específica, que se estableció mucho antes del conflicto particular entre Bolsonaro y los líderes europeos. Desde el comienzo del gobierno de Bolsonaro, científicos y ambientalistas acusaban al expresidente de alentar a los agricultores a explotar de manera depredadora las tierras amazónicas. En este sentido, los ataques de Bolsonaro a los líderes europeos formaron parte de una estrategia mediante la cual el entonces candidato a la reelección utilizaba circunstancias internacionales para reforzar su posición discursiva en el contexto de la disputa política interna. En otras palabras, el extranjero fue un “enemigo contingente” utilizado principalmente para respaldar el discurso bolsonarista contra su verdadero enemigo, que en 2022 era el comunismo personificado en Lula y el PT.

Con esto, podemos entender que el pueblo construido por el bolsonarismo es parte de un discurso populista de extrema derecha y no propiamente de un discurso nacionalista. Lo que normalmente confunde al nacionalismo y al populismo es que ambos buscan construir un “pueblo”. Sin embargo, son construcciones estructuralmente diferentes. Mientras que en una experiencia nacionalista el pueblo se construye de manera antagónica frente a una amenaza extranjera (Anderson, 2006), en un discurso populista el enemigo es interno, es decir, los propios ciudadanos del país que son significados como el “otro” antagónico (De Cleen y Stavrakakis, 2017). El bolsonarismo es un ejemplo de discurso populista de extrema derecha, debido a la articulación de elementos conservadores y reaccionarios, pero que ostensiblemente utiliza símbolos nacionales y retórica nacionalista solo como estrategias retóricas para combatir a su verdadero enemigo interno. El “otro” del bolsonarismo no vive al lado, sino que comparte el mismo territorio.

Y aquí llegamos a la razón por la cual el sujeto bolsonarista es el “patriota” en el contexto electoral de 2022. En primer lugar, es importante destacar que, en términos generales, no hay una distinción importante entre el “patriota” y el “ciudadano de bien”. Lo que cambia es la táctica del discurso bolsonarista. En 2018, la imagen del “ciudadano de bien” estaba asociada a la “lucha contra la corrupción sistémica” del PT y de la clase política. Con la división entre el lavajatismo y el bolsonarismo, después de la salida de Sérgio Moro del gobierno de Bolsonaro, pero también debido a que ya no tenía sentido para los bolsonaristas luchar contra la corrupción sistémica si Bolsonaro gobernaba, hubo una reorientación semántica en este discurso y el significante “patriota” pasó a desempeñar esta nueva función entre sus seguidores.

Así, el patriota es el brasileño de bien, aquel que ama a su patria, sus costumbres, el cristianismo y la libertad. Como sujeto movilizado por una experiencia populista, defenderá los valores morales del bolsonarismo, que también son los suyos, frente a la amenaza comunista, cuyos tentáculos son capaces de alcanzar las diversas áreas de la sociedad. Este discurso moralizador conservador ha sido capaz de atraer a brasileños de todas las clases sociales, ya que evoca, en el sentido de *heartland*, el conservadurismo que históricamente ha construido las bases del país. De esta manera, el bolsonarismo sirve como una especie de espejo en el que un Brasil conservador, reaccionario y esclavista se mira con orgullo. Un orgullo triste, sin duda.

Conclusiones

En este texto, mi objetivo fue presentar el surgimiento y desarrollo discursivo del bolsonarismo entre 2018 y 2022, considerándolo como un discurso de extrema derecha que utiliza de manera ostensiva elementos retóricos y performativos nacionalistas para reforzar sus contenidos populistas. Tomar al bolsonarismo como un tipo de populismo requiere, como intenté demostrar, una importante operación teórica de vaciamiento ontológico del remanente óntico presente en la suposición de que el pueblo construido por el populismo es necesariamente sinónimo de *dêmos*. Si este argumento teórico es correcto, como creo que lo es, podremos, desde una perspectiva posestructuralista, avanzar en otros análisis empíricos que también puedan considerarse populistas. Una vez que se haya establecido y vaciado completamente el núcleo teórico duro del populismo, entiendo que daremos un paso importante en la comprensión específica de más experiencias que llevan este nombre.

Desde una perspectiva más específica del desarrollo del bolsonarismo, considerando el vaciamiento ontológico de la noción de “pueblo”, es fundamental comprender que la construcción retórica presente en este discurso tiene su origen en la oposición política conformada principalmente por sectores de la clase media y alta en contra de los gobiernos del Partido de los Trabajadores. En este sentido, es necesario enfatizar que nos encontramos ante una experiencia populista, cuyo discurso se origina en los brasileños más ricos, se hegemoniza y alcanza a parte de los sectores más pobres y excluidos de la sociedad.

La estrategia discursiva emprendida por este discurso, durante el período electoral de 2018, fue marcadamente moralizante, sustentándose, como hemos visto, en cuatro ejes principales: moral cristiana, económica, judicial y nacionalista militarista. El polo antagónico fue la corrupción, un significante que debe ser comprendido en un sentido amplio, y la política tradicional, el PT, Lula y Dilma Rousseff son identificados como sus principales enemigos. El “ciudadano de bien” fue el sujeto político que caracterizó al pueblo del bolsonarismo, un sujeto que veía en el Estado y en los políticos tradicionales las principales fuentes de corrupción.

En las elecciones de 2022, la experiencia bolsonarista reforzó su enfoque populista moralizante, en el cual los valores conservadores, como la defensa de la familia tradicional, el cristianismo y la libertad individual, ocuparon posiciones discursivas centrales. En este contexto, el bolsonarismo comenzó a señalar al comunismo como su principal enemigo, identificando principalmente a Lula y al PT como sus representantes. El “ciudadano de bien” fue reemplazado por el “patriota”, lo que refleja una estrategia discursiva de redirección semántica en busca de consolidar el apoyo entre sus seguidores.

La experiencia bolsonarista llegó a su fin con la asunción de Lula como presidente de la República el 1 de enero de 2023. En el mismo año, una decisión del Tribunal Superior Electoral (TSE) hizo que Bolsonaro fuera inelegible hasta 2030, además de que el expresidente fue acusado en varias acciones judiciales. Las posibilidades de que Bolsonaro regrese a la vida pública son prácticamente nulas, lo que no significa necesariamente que la extrema derecha brasileña haya desaparecido junto con su líder principal hasta entonces. El bolsonarismo fue solo un breve capítulo de un discurso excluyente que sigue muy vivo y en busca de un nuevo liderazgo. ❧

Referencias

- AMAZON FIRES. Brazil threatened over EU trade deal. (23 de agosto de 2019). *BBC*. <https://www.bbc.com/news/world-latin-america-49450495>
- ANDERSON, B. (2006). *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Verso.
- Bolsonaro, agora adepto ao tomá lá dá cá, já foi um feroz crítico da “velha política”; relembre. (7 de maio de 2020). *Folha de S. Paulo*. <https://folha.com/97afgmp>
- BROWN, W. (2019). *Nas ruínas do neoliberalismo: a ascensão da política antidemocrática no ocidente*. Editora Filosófica Politeia.
- DE CLEEN, B. Y STAVRAKAKIS, Y. (2017). Distinctions and Articulations: A Discourse Theoretical Framework for the Study of Populism and Nationalism. *Javnost - The Public*, 24(4), 301-319.
- HEIDEGGER, M. (1999). *O princípio do fundamento*. Instituto Piaget.
- Jair Bolsonaro e Fernando Haddad decidirão eleição para presidente no segundo turno. (7 de outubro de 2018). *GI*. <https://g1.globo.com/politica/eleicoes/2018/noticia/2018/10/07/jair-bolsonaro-e-fernando-haddad-decidirao-eleicao-para-presidente-no-segundo-tur-no.ghtml>
- LACLAU, E. (2000). *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro Tiempo*. Nueva Visión.
- LACLAU, E. (2005). *On Populist Reason*. Verso.
- LACLAU, E. Y MOUFFE, C. (1985). *Hegemony and Socialist Strategy: Towards a Radical Democratic Politics*. Verso.
- MARCELLO, M. C. (2019). Bolsonaro foi eleito com discurso contra velha política e não pode dar “meia-volta”, diz Maia. *UOL*. <https://noticias.uol.com.br/ultimas-noticias/reuters/2019/07/05/bolsonaro-foi-eleito-com-discurso-contra-velha-politica-e-nao-pode-dar-meia-volta-diz-maia.htm>
- Moro aceita convite de Bolsonaro para comandar o Ministério da Justiça. (1 de novembro de 2018). *GI*. <https://g1.globo.com/politica/noticia/2018/11/01/moro-aceita-convite-de-bolsonaro-para-comandar-o-ministerio-da-justica.ghtml>
- MOUFFE, C. (2019). *Por um populismo de esquerda*. Autonomia Literária.
- NEVES, R. Y KRÜGER, A. (2018). Bolsonaro é diplomado e prega ruptura com a velha política: “Não mais a corrupção”. <https://congressoemfoco.uol.com.br/eleicoes/bolsonaro-e-diplomado-e-prega-ruptura-com-a-velha-politica-nao-mais-a-corrupcao/>
- Número de evangélicos aumenta 61% em dez anos. (29 de junho de 2012). *GI*. <http://g1.globo.com/brasil/noticia/2012/06/numero-de-evangelicos-aumenta-61-em-10-anos-apon-ta-ibge.html>
- OBER, J. (2007). *The original meaning of “democracy”: Capacity to do things, not majority rule*. Princeton/Stanford Working Papers in Classics, September.

- PHILLIPS, D. (2018). What Will a Bolsonaro Government Look Like?. *The Guardian*.
<https://www.theguardian.com/world/2018/oct/29/bolsonaro-government-brazil-policies-economy-environment-indigenous>
- SINGER, A. (2012). *Os Sentidos do Lulismo: Reforma Gradual e Pacto Conservador*. Companhia das Letras.
- TAGGART, P. (2000). *Populism*. Open University Press.